



► 21 Enero, 2018

Iniciativa. La Fundación Secretariado Gitano impulsa un programa de apertura cultural del barrio de San Lorenzo de Castelló que cede alojamiento a estudiantes de la Universitat Jaume I a cambio de acciones de voluntariado. El proyecto Racó Màgic incluye, además, un programa de refuerzo escolar y normas, como la puntualidad.

De gueto, a un rincón mágico

► Racó Màgic involucra a la población gitana de San Lorenzo en las costumbres de Castelló

MIGUEL OLIVARES CASTELLÓ

■ La Ermita de la Magdalena, destino de la Romería de les Canyes, tiene un atractivo telúrico para los vecinos de Castelló. El lugar está consagrado desde el siglo XIV pero ya era el centro nuclear de la primitiva localidad íbera. Desde el barrio de San Lorenzo se tardan unas dos horas en llegar a la ermita a pie. Pero a la inmensa mayoría de los vecinos que habitan los bloques del denominado Grupo San Lorenzo, levantados en 1982, nunca se les había ocurrido visitar la Magdalena.

No sentían ninguna vinculación con la patrona de su ciudad porque no se consideraban vecinos de Castelló. Pero todo eso empezó a cambiar cuando alguien convirtió los seis bloques que plantó el IVV-SA frente a la carretera de Ribesalbes en un Racó Màgic. La magia la pone la Fundación Secretariado Gitano (FSG) y un proyecto de largo alcance que ya tiene consecuencias demográficas. «Hasta hace poco todos los vecinos eran gitanos», explica Paco Escudero, coordinador del proyecto, «ahora el 98% son gitanos y el 2% son estudiantes de la Universidad Jaume I que intercambian alojamiento por acciones de voluntariado».



Actividades que se desarrollan dentro del programa Racó Màgic. LEVANTE-EMV

Antes, San Lorenzo no era ni siquiera un barrio. Era un grupo. La zona fue ocupada por inmigrantes de otras provincias de España que acudían a Castelló en busca de trabajo en los años sesenta. Los colonos asumieron las obras de sus chabolas, de las calles, la red de saneamiento, la iglesia y el colegio.

El Instituto de Vivienda, cuando todavía actuaba como pro-

motor, edificó seis bloques de seis plantas y cuatro viviendas por planta y una veintena de casitas. La inmensa mayoría fueron adjudicadas a vecinos de etnia gitana. El grupo estaba a las afueras de la ciudad y mal comunicado. Nació como un gueto.

La FSG, entidad constituida oficialmente en los años ochenta y dedicada a la promoción social de la

comunidad gitana, tomó cartas en el asunto en 2003. «Ya somos parte del mobiliario del barrio», explica Escudero. «El proyecto Racó Màgic-ojo, en valenciano-lo que busca es tanto el reconocimiento de la cultura gitana como la apertura a otras culturas». El paseo hasta la ermita de la Magdalena, «que fue un éxito», adquiere dimensión simbólica.

La construcción de la UJI y de

nuevos centros comerciales han diluido un poco el aislamiento del Grupo San Lorenzo. «Ha mejorado la comunicación, antes los niños no podían salir del barrio porque tropezaban con la carretera», recuerda Escudero.

El proyecto Racó Màgic, que acaba de renovar una ayuda cercana a los treinta mil euros de parte de Obra Social la Caixa, gira en torno a cuatro pivotes. «Esplai es un programa de refuerzo escolar y de ciertas normas como la puntualidad», explica Escudero, «pero también se organizó la subida a la Magdalena y se montan fiestas, porque a los niños les gusta jugar».

La escuela de verano ofrece alternativas de «ocio constructivo» cuando los escolares disfrutan de sus vacaciones. «Fomentamos las habilidades de convivencia para que aprendan a resolver conflictos sin violencia». También ofrece a los menores «una comida de calidad, en muchos casos la única comida realmente alimenticia que reciben en el día», dice el coordinador del proyecto. Uno de los momentos estelares fue implicar a los niños en «la mejora del barrio» a través de la pintura artística de fachadas deterioradas. «La piedra angular del proyecto es la escuela de padres y madres, donde se trabaja sobre todo el refuerzo educativo en valenciano», sentencia Escudero.

Y redondea el proyecto la iniciativa de sensibilización de las familias, que cada vez «se implican más y piden más cosas», celebra Escudero, «ellas, las familias, las madres, que son las que más se ocupan de los pequeños». La colaboración de los estudiantes matriculados en la UJI es decisiva para el proyecto. Y para fomentar una integración de ida y vuelta.